

EDUARDO RIVERA

# Estado de excepción



## Presentación

Nos encontramos así, postulando nuestras soledades desde bases enteramente distintas; no excluyentes sino ajenas. Quizá revalorizadas desde los momentos de comunión, mas nunca interpuestas con el Otro, aquel de quien sólo conocemos el aroma, el signo de su soledad desesperada; nunca el peso enorme de su origen, el sentido final de lo que esa actitud contiene.

En un instante dado creamos la circunstancia propicia para desligarnos del concepto que formamos en común. Hacemos de su contenido un puente incompleto, una incógnita. Significante y significado apartados así ante el ímpetu de la voluntad, que hace todo lo posible por confundir los elementos de que la memoria se vale para constituir una coincidencia. Mas la construcción que tanto nos esforzamos en desvanecer es un monolito postrado frente a todas nuestras puertas de escape. Un elemento que permanecerá erguido para constatar nuestro afán de autodestrucción. La ironía de ese símbolo no está, sin embargo, al alcance de nuestra torpeza: único vestigio inmutable frente al estado de catástrofe, el punto de referencia en el que todas las miradas de aquellos que fuimos convergen, y al que nuestra ingenua voluntad señala como fundamento de toda reconstrucción posible.

Nada nos salva de esa desolación. La misma conmoción que causa el espectáculo de un tumulto de cadáveres. Pero algo nos dice que el absurdo está en otro sitio, pues —finalmente—

contemplamos la montaña de huesos y carne macerada, mientras el hecho mismo de atestiguarla nos grita que no somos esa montaña. La identificación es, una vez más, incompleta. El abandono nos enfrenta así a la imagen, la representación negativa de nuestro ser sin sentido, carente de objeto por un breve lapso.

Representación al fin, reflejo que forjamos de nosotros mismos, en ese momento certificamos que la trayectoria final de nuestra angustia no será circular —es decir, completa— en tanto no formemos parte de ese vacío. Hasta entonces, la soledad será un simple anuncio. Nostálgicamente incapaces de atestiguarlo, la muerte nos arrebatará el absurdo. Sujeto y objeto estarán por fin unificados, vibrarán al unísono en una armonía ya inaudible: tristes coincidentes en la Nada.

«Te regalo, pues, mi soledad para que armes con ella una pieza más de mi muerte».

Tal es la oculta motivación de toda coincidencia entre mi angustia y mis semejantes.